

—Al contrario, le decía la mujer, hay tanta niebla que á dos pasos no vemos nada.

Al oír esta contestación, el enfermo cerraba los ojos y permanecía largas horas quieto, inmóvil.

En el patio reinaba triste silencio, sólo interrumpido por el monótono é incesante caer de las gotas de agua. A las tres de la tarde era ya tal la obscuridad, que Kamionka debía encender la luz, operación que su debilidad le hacía muy penosa. Antes de resolverse á buscar los fósforos pasaba largo rato, luego alargaba calmosamente el brazo, cuya delgadez, visible á través de las mangas de la camisa, llenábale, á fuer de escultor, de amargura y disgusto. Encendida la bujía, quedaba otra vez inmóvil, hasta que á primeras horas de la noche volvía la portera, escuchando, cerrados los ojos, el monótono é incesante caer de las gotas de agua.

En aquellas horas el taller tenía un aspecto nuevo. La llama de la bujía iluminaba al lecho y á Kamionka. Y concentraba sus rayos formando un punto brillante en la frente del enfermo, cuya piel seca y amarilla, parecía barnizada. Lo restante de la pieza quedaba envuelto en una semiobscuridad que en los ángulos luchaba con las tinieblas.

A medida que en el exterior aumentaba

la obscuridad, las estatuas se bañaban de luz rosada, y al parecer adquirían vida. La llama de la bujía subía y bajaba, y al influjo de aquella luz oscilante las estatuas parecían también bajarse y subirse, como si se pusieran de puntillas para ver mejor el delgado rostro del artista, y convencerse de que su creador aún vivía.

El rostro del enfermo tenía la inmovilidad de la muerte. A veces sus labios amoratados se movían suavemente, cual si elevaran una plegaria ó maldijeran su abandono... y las gotas de agua seguían cayendo monótonas, pausadas y contando las horas de su enfermedad.

Una noche la portera subió algo beoda, y en consecuencia más habladora que de costumbre, y dijo:

—Me encuentro en la mayor miseria y me es muy difícil venir dos veces al día. Os vendría llamar una Religiosa, mi querido señor: una Hermana no exige un céntimo, y cuida los enfermos con solícito esmero.

A Kamionka le pareció excelente lo que le decía la portera, pero, como todos los caracteres irascibles, solía negarse á cuanto le aconsejaban; y no lo aceptó.

Salió la portera, y él empezó á reflexionar. ¡Una Hermana de la Caridad!... ¡Excelente! no cobran nada, y ¡qué ayuda, qué consuelo! Kamionka, al igual que todos los enfermos

que carecen de asistencia, se enojaba y luchaba contra las mil pequeñas miserias que le hacían sufrir y le impacientaban. Unas veces tenía la cabeza en posición incómoda, y á pesar de ello dejaba transcurrir horas enteras antes de resolverse á arreglar las almohadas: otras veces durante la noche tiritaba de frío, y hubiera pagado Dios sabe cuánto por una humeante taza de té: pero si le fatigaba encender la bujía ¿cómo soñar siquiera en hacer hervir agua? Una Hermana de la Caridad haría todo esto con la solicitud y dulzura habituales á las Religiosas. ¡Oh, qué llevaderas le serían sus penas con tan valioso socorro!

El pobre enfermo llegó á mirar la enfermedad en tales condiciones como algo envidiable, y le admiraba ver que tal felicidad le era asequible.

Le parecía que si iba á asistirle una Hermana llevara alegría y vida al taller desierto, en el exterior volvería á lucir el sol en un cielo sin nubes, y dejaría de perseguirle el monótono compás de las gotas de agua.

Se entristeció por no haber aceptado en el acto el consejo de la portera. Llegaba la noche, interminable y lóbrega, y la portera no volvería hasta la siguiente mañana. Presentía que aquella noche sería la más penosa de cuantas hasta entonces pasara.

Le asaltó el pensamiento de que era un

desgraciado, casi un mendigo, y contrastando con su actual miseria, el recuerdo de los años felices que llenos de vida, idealizados, desfilaron ante sus ojos. Con igual intensidad que un momento antes la idea de la Religiosa, surgía en su débil cerebro el recuerdo de estos años, y unía á él por extraña manera los recuerdos del sol, de la luz y de los días sin nubes.

Soñando despierto vió á su esposa muerta, y habló con ella tal cual solía hacerlo los últimos años de matrimonio, cuando sus empresas iban de mal en peor. Luego se cansó, sintió que disminuían sus escasas fuerzas y se durmió.

La luz, sobre la mesa, fué apagándose lentamente; la llama, primero roja, luego azul, echó unos fulgores más vivos y se extinguió. Reinó en el taller densa obscuridad.

Y fuera las gotas de agua seguían cayendo pausadas, monótonas cual lágrimas de aquella naturaleza triste y sombría.

Kamionka durmió muchas horas: su sueño era ligero, y de súbito despertó con la extraña impresión de que en el taller sucedía algo extraordinario. Alboreaba. Mármoles y yesos empezaban á blanquear. Los primeros rayos de luz que se extendían por el horizonte, entraban en el taller á través de los cristales de la ventana que se abría al pie del lecho.

Por entre aquella luz vaga, Kamionka creyó ver una sombra que avanzaba hasta sentarse junto á su lecho.

Abre los ojos, mira: ¡era una Hermana de la Caridad!

Sentada, inmóvil, el rostro vuelto hacia la ventana, la cabeza baja. Las manos juntas sobre las rodillas, al parecer oraba. El enfermo no podía verle la cara; sólo las blancas tocas y la obscura silueta de los hombros.

El corazón de Kamionka latía con violenta ansiedad, y se preguntaba:

—¿Cuándo habrá la portera acompañado á la Hermana? ¿por dónde y cómo entraron?

Luego creyóse víctima de una ilusión hija de la debilidad, y cerró los ojos.

Al cabo de un momento volvió á abrirlos.

La Hermana continuaba sentada como antes, inmóvil, sumida en profunda oración.

Extraña sensación mezcla de terror y de inmensa alegría erizó los cabellos del enfermo. Sentía que una fuerza inexplicable atraía sus miradas hacia aquella sombra ó mujer. Parecíale haberla visto, pero ¿dónde, cuándo? Anhelaba ver aquel rostro que escondían las blancas tocas. Kamionka, ignorando el por qué, no acierta ni á hablar, ni á moverse, ni á respirar siquiera.

Y la extraña sensación mezcla de terror y de inmensa alegría, le agitaba con creciente fuerza obligándole á preguntarse: ¿Qué es esto?



Por entre aquella luz vaga, Kamionka creyó ver una sombra que avanzaba...

Ya la aurora bañaba la tierra de luz de esperanza; ¡qué hermosa mañana! De súbito, sin gradación, la luz entró en el taller tan intensa, tan pura, tan alegre, cual no la viera igual el más hermoso de los días de Mayo. Una inundación de rayos de oro fué extendiéndose hasta llenar la vasta pieza y sumergirla tan completamente que mármoles y yesos perdían sus líneas, su forma se desvanecía en aquel baño de luz, y las paredes cayeron y desaparecieron cual nube de polvo, y Kamionka se halló en un espacio resplandeciente y sin límites.

Y vió que las tocas de la Religiosa iban perdiendo su blancura irradiante, que el contorno se agitaba cual alas de blanca mariposa, que se deshacían, se evaporaban, cual tenue niebla, trocándose en aureola deslumbradora.

La Religiosa volvió lentamente su rostro al enfermo, y de súbito aquel miserable abandonado vió, á través de la aureola deslumbradora, las facciones conocidas y cien veces amadas de su esposa.

Salta del lecho. Lanza un grito salido del alma, compendio de tantos años de lágrimas, de tristeza, de sufrimiento y desespero.

—¡Zosia! ¡Zosia!

Temblando le coge las manos; ella las retira y le echa los brazos al rededor del cuello.

La luz seguía brillando con intensidad creciente.

—No me olvidaste, le dijo ella, y yo he venido y he orado para que el Eterno te diera una muerte feliz.

Kamionka vuelve á estrecharle las manos con fuerza, cual si temiera que aquella visión bienhechora desapareciese á la par de la luz que brillaba con creciente intensidad.

—Moriré feliz si no me dejas.

Ella sonrió con angelical sonrisa, y retirando una mano, la inclinó hacia abajo y le dijo:

—¡Si ya estás muerto! mira.

Kamionka miró siguiendo la dirección de la mano, y muy lejos, bajo sus piés, vió por la ventana del fondo el interior de su taller sombrío y solitario, y extendido sobre el lecho su cadáver. La boca desmesuradamente abierta, semejaba un hoyo negro en la cara amarilla.

Y miró aquel cuerpo tan flaco con horror, cual si no fuera el suyo... Y cuanto veía hízose vago, indeciso, y acabó por desaparecer... Y aquel resplandor que les rodeaba, mecido, empujado por el viento de la eternidad, iba subiendo, subiendo, al infinito, al cielo...



ÍNDICE